

Reflexión sobre el pueblo

Antonio Ramón López

El adjetivo "popular" y el sustantivo "pueblo" están de moda en la hora de la transición. En la historia del régimen de Franco ambos términos también gozaron de un puesto preminente en el lenguaje político, idéntica importancia les fue otorgada por los ideólogos nazis a través de la idea del Volksgemeinschaft "pueblo en comunidad". La perspectiva, sin embargo, desde la que se emplean los términos es diferente. En la España de ahora se invoca al pueblo en un esfuerzo difícil para acercar la última decisión al dogma de la soberanía popular. Se trata de un intento de restitución.

En los sistemas autoritarios la manipulación del lenguaje político del término "pueblo" era un intento de llenar el vacío que la ausencia de legitimidad creaba en la sociedad. El espíritu del "pueblo" terminaba siempre

en el acto creador de la persona directora.

La transición de una filosofía política a otra no es fácil, sobre todo cuando el cambio es operado por las mismas personas, las contradicciones se hacen a veces tan evidentes que hay base suficiente para adoptar una actitud de recelo. En esta línea se puede calificar como contradictoria la campaña del referéndum. El pueblo ha sido constantemente invocado, ensalzado, pero al pueblo se le ha inmovilizado con una propaganda estatal tan absorbente como pesada. Es como si los rectores de la campaña oficial, de la que son responsables algún ministro y algún director general, hubieran estado invadidos por la desconfianza hacia el pueblo en libertad, y lo que pudo ser el ensayo general para la democracia, fue el último acto, ¡ojalá que el último!, del pueblo plebiscitario, en una imagen aún cercana al pue-

blo de las múltiples plazas de Oriente que han jalonado la historia de los últimos cuarenta años.

Sin un grave temor a unos resultados negativos no se puede imaginar una campaña de propaganda de las dimensiones como las que hemos sufrido. La beligerancia gubernamental fue beligerancia estatal contra una maltrecha oposición aún no recuperada de cuarenta años de clandestinidad y de represión. ¿Era lógico este miedo? Estimo sinceramente que no.

Existe en la sociedad española una tendencia al conservadurismo, a votar con el Gobierno, lógica consecuencia de la identificación continua de Gobierno y razón, de Estado y verdad, a lo largo de varias generaciones, pero también resultaba infantil pensar que el pueblo iba a decir que no a la estricta democracia que entraña la reforma; al pueblo se le venía en cierto modo a preguntar si quería recuperar lo que perdió en 1936, pregunta que sólo admitía una respuesta obvia.

¿Pensaban los ideólogos de la reforma que el pueblo prefería alcaldes elegidos a dedo, procuradores orgánicos, instituciones alejadas del más mínimo control social, a una democracia mínimamente representativa?

En cierta manera, nuestros políticos han revelado desconfianza y desconocimiento de las grandes líneas en las que se expresa hoy la opinión pública. Quizá porque falte, en España información política de la base a la cúspide y viceversa. Los políticos sólo se intercambian información a nivel de sus específicos círculos, e inconscientemente se han ido encerrando todos en un mundo mágico de pactos, rumores, partidillos, estrategias y comidas de cinco tenedores, un mundo vuelto de espaldas a las demandas sociales, a las preocupaciones, a las angustias y a las esperanzas colectivas.

Desde una atalaya así es lógico que no se pueda otear

el panorama y al desconocerlo se sienta el miedo por lo que se desconoce.

¿Es posible con este desconocimiento de la España real, con el miedo al pueblo, traer a la democracia? El Gobierno de la Monarquía debe evitar que en los engranajes de la reforma entren o continúen personas que piensan que las técnicas políticas son neutras y, por tanto, intercambiables. La democracia tiene sus técnicas y los autoritarismos otras tan dispares como sus filosofías.

Pero sería ingenuo limitar este problema al Gobierno. La oposición padece el mismo riesgo. Es tan poco democrática la propaganda excesiva del referéndum como los piquetes de huelguistas que impiden soluciones pacíficas y dialogantes. En los últimos tiempos, la clase trabajadora ha sufrido la coacción de organizaciones obreras que buscan, a través de medios violentos, demostrar su eficacia como instrumentos controladores de las reivindicaciones sociales, estrategia que arroja una sombra de sospecha, no sólo sobre la representatividad que enarbolan los dirigentes, sino sobre la conexión de sus intereses con los de la clase trabajadora. La mayoría de los obreros de la construcción de Bilbao o de León, ¿estaban de acuerdo con una huelga como la que han sufrido?

La violencia no es la vía para la democracia; es la negación.

La operación política a la que se enfrentan los líderes españoles de las dos orillas no es tanto mantener o conquistar el Poder; su tarea es devolver a la soberanía del pueblo el Estado. Construir los puentes de entendimiento y diálogo, y sobre todo abrir al pueblo la posibilidad de ser protagonistas de su destino, lo que no dejará de ser algo insólito en nuestra historia, porque nuestro pueblo, gracias a inquisiciones, a caciques y a hombres providenciales, está ausente de su historia desde hace bastantes siglos.

